

LA FE EN UNA TRADICIÓN DE RICARDO PALMA

Dr. Iván Ruiz Ayala
Georgia College & State University

Una de las tradiciones más comentadas y antologadas de Ricardo Palma es, sin duda, "El alacrán de Fray Gómez". Suele considerársela como uno de los relatos que mejor ilustra el dominio de la lengua, la capacidad de encanto e inventiva de su autor. Nos proponemos en las páginas siguientes, mostrar que el tema central de esta tradición no está constituido por el simple relato de uno de los milagros atribuidos al protagonista, Fray Gómez, sino por un asunto de otra índole: el tema de la fe.

I

"El alacrán de Fray Gómez" ofrece la estructura de una tradición típica, esto es, una breve introducción, donde se anuncia el motivo que lleva al autor a escribir el relato. Un primer capitulillo, donde se relatan dos milagros atribuidos al protagonista, además de sus datos biográficos. En un segundo acápite se describe el milagro que da título a la composición.

El primer capitulillo raya en lo increíble y superlativo; los dos milagros de Fray Gómez exceden todo nivel de credulidad: las curaciones instantáneas de un hombre, arrojado al suelo por un caballo, y la de San Francisco Solano, aquejado de una furiosa jaqueca.

Fiel a su deseo de situar las acciones en las lindes entre ficción y realidad, el autor inicia la tradición de un tópico perteneciente al cuento maravilloso: "Este era un lego contemporáneo de don Juan de la Pipirindica...". De igual manera, el desenlace del primer milagro tiene dos versiones. Una, que corresponde al nivel de lo creíble (Fray Gómez, para evitar a la multitud que lo aclama, escapa corriendo a su convento), y otra, que se sitúa en los límites de toda credulidad. Ricardo Palma cita la crónica conventual, la que afirma que Fray Gómez para huir de la multitud "se elevó y voló por los aires desde el puente hasta la torre de su convento". Esto es: "se pasa de un nivel de razonable credibilidad a otro de inverosimilitud que raya en lo fabuloso".

El segundo milagro es también sorprendente. Fray Gómez actúa como el mago con su sombrero: es capaz de hacer aparecer cualquier objeto de dentro la manga, en este caso, dos pejerreyes que no sólo alimentan al enfermo, sino que le devuelven la salud. Hay que fijarse, por otro lado, en quién es el beneficiario del milagro: un santo. Se han invertido los términos. Palma juega con todas las posibilidades de realización de los hechos maravillosos.

¿Cuál es su actitud ante lo que narra? Es una actitud escéptica. Palma no cree en aquello que cuenta. Al igual que en otras tradiciones suyas sobre vida de santos, dirá: "Yo ni lo niego ni lo afirmo. Puede que sí y puede que no. Tratándose de maravillas, no gasto tinta ni en defenderlas, ni en refutarlas".

Por supuesto que en el relato asoma el gracejo de tradicionista, el escritor que no pierde oportunidad de hacer una broma. Es ésta la típica actitud liberal, irreverente de Palma: "Aquel día estaba Fray Gómez en vena de hacer milagros...", "Fray Gómez hizo en mi tierra milagros a mantas, sin darse cuenta de ellos, y como quien no quiere la cosa".

Para evitar que el relato salga de su curso e ingrese en el terreno de la ficción pura, Palma se ve obligado a introducir referencias al mundo de la fáctica. El elemento histórico cumple la función de anclaje; impide que el relato se pierda en el terreno de la creación literaria pura y retorne al terreno limítrofe entre historia y ficción.

Para dar mayor credibilidad a sus palabras, el tradicionista no se limita a decirnos dónde se encuentra el cuadro con la imagen de Fray Gómez y a transcribir sus datos biográficos,

sino que entre estos datos se incluyen referencias a personajes de su propio tiempo y a quienes los lectores muy probablemente habían conocido o conocían: "... Presenció la traslación de sus restos (en 1810) el señor doctor Bartolomé María de las Heras. Se restauró este venerable retrato el 30 de noviembre de 1882, por M. Zamudio". Los lectores pueden quedar un poco más tranquilos: no se trata de simples fabulaciones o tomaduras de pelo; la existencia fáctica de Fray Gómez está probada.

Después de un inicio absolutamente maravilloso, el elemento histórico permite que el autor se contraiga del despliegue libre de su inventiva para discurrir por los cauces propios del género. En este mismo sentido, y tal como decíamos en un principio, Palma sitúa el tiempo de los acontecimientos en el terreno limítrofe de la ficción y la realidad: Fray Gómez es contemporáneo de Juan de la Pipirindica (personaje ficticio) y de San Francisco Solano (personaje histórico).

Lo que en la creación literaria pura constituye solamente un recurso retórico¹, en Palma constituye un argumento que da credibilidad histórica a su personaje.

Así, después de este amplio preámbulo, el lector se encuentra preparado para asistir a la lectura de un nuevo hecho milagroso donde hay un nuevo elemento a considerar.

II

En la historia del alacrán, el argumento es sencillo: Jeromo, un buhonero honrado, se encuentra necesitado de dinero. Piensa que el único que puede darle la cantidad que necesita para reflotar su negocio es el fraile mendicante. Al llegar a la celda -que ha sido descrita como el lugar donde reina la más absoluta pobreza y austeridad- y dar a conocer la razón de su presencia a Fray Gómez, éste no puede menos que sorprenderse: "¿Cómo ha podido imaginarse, hijo, que en esta triste celda encontraría ese caudal?".

El interlocutor es consciente que no puede dar una respuesta lógica, añadiendo a continuación las palabras que son medulares en el relato: "Tengo fe en que no me dejará ir desconsolado". La respuesta de Fray Gómez incide también en el elemento central de la tradición: "La fe lo salvará, hermano".

Se puede observar, pues, que el elemento básico del hecho milagroso -y el relato- reside en la fe: creer a pesar de que

la razón dice que no es posible aquello que se solicita; esperar contra toda esperanza. El milagro es válido sólo para quien cree en ellos, o, en otras palabras, es consecuencia de la credibilidad que se tenga en ellos.

Podemos efectuar nuevamente un recuento de lo narrado por Palma. La primera parte de la tradición relata dos milagros desde una óptica socarrona y ligera: la curación instantánea de un jinete y la fuga de Fray Gómez por tierra o través de los aires; y, en segundo lugar, la historia de los pejerreyes, donde -hemos señalado- se invierte la mecánica del hecho sobrenatural. Finalmente, en la tercera historia, asoma el hecho milagroso en su debida medida: como producto de un acto de fe.

Si bien es cierto que Palma, como escritor volteriano, no cree en milagros ("*Tratándose de maravillas, no gasto tinta en defenderlas ni en refutarlas*"); es respetuoso allí donde intuye que el feligrés cree con una actitud madura y no fanática. En el fondo, Palma respeta al creyente de fe verdadera; no así a la vieja cucufata o la plebe ignorante que procede sólo por cotorreo o chismorreo. En este caso, su relato es socarrón, gracioso. ¿Cree Palma en los milagros que cuenta? No lo creo; quienes tienen fe son sus personajes.

1. Véase, por ejemplo, a Borges citando en sus relatos a Bioy Casares o a Ernesto Sábato. También véase a Cervantes citándose a sí mismo en Don Quijote.